

Victor Domingo Silva

## Hombres y cosas de España

(Anecdotario de Madrid)



**B**IEN saben todos en Chile que yo no llegué a España, como pude haber arribado a las playas de cualquier otro país hospitalario. Bien saben todos en Chile que ir a conocer España, vivir, y soñar, y trabajar en España, fué la aspiración de toda mi vida. Colmábase, pues, una ilusión; realizábase un viejo ensueño mío, cuando, en la mañana del cinco de agosto de mil novecientos veintiocho, y bajo un sol radioso, ponía yo la planta en los asfaltados andenes de la estación de Atocha, y por el Prado adelante, enderezaba rumbo a la Gran Vía, no sin saludar antes al paso, en la plaza de Castelar y frente al Palacio de Comunicaciones, a la Diosa Cibeles, la patrona cívica de Madrid, en lo alto de su carro tirado por una cuadruga de leones.

¡La Cibeles! Qué sabor tan especial tienen sus relaciones con el gran pueblo de Madrid! El madrileño es lo que allí mismo se llama un individuo «guasón», es decir, un hombre que está al cabo de la calle, siem-

pre de chungu, que nada toma en serio y que se pitorrea hasta del lucero del alba. ¿Podía, pues, dejar de gastarse bromas con la estatua de su patrona? Y así fué como hubo un tiempo en que la Cibeles se puso de moda en el teatro y fuera de él. A ejemplo de Arniches, no había sainetero que no la sacase a colación. Cuando un señor estaba harto de las majaderías de algún pelmazo, en vez de soltar un respingo o de regañarlo en términos violentos, se limitaba a decirle, sin abandonar, naturalmente, la actitud solemne y el tono campanudo del madrileño castizo:

—¿Eso? Eso se lo cuenta Ud. a la Cibeles.

Y no había más que hablar.

Es de recordar el rasgo de humorismo de aquel mozo, trasnochador como todo buen madrileño, que en lo más frígido de una madrugada madrileña (y ya se sabe lo que son los inviernos de Madrid) se condolió de la pobre Cibeles, y chapaleando hasta las rodillas en el agua de la fuente que circuye la escultura, se encaramó en el carro y cubrió a la Diosa con su capa de noctámbulo. No hay para qué hablar de la sorpresa e hilaridad del todo Madrid, al día siguiente, ante el espectáculo de la respetable y clásica matrona, con las espaldas y el pecho bajo los pliegues de una soberbia capa del más auténtico paño bejarano. Era en los tiempos duros de la dictadura del general Primo de Rivera, y no faltó quien pensase que la donosa travesura del joven juerguista tendría que ser severamente sancionada. No fué así, sin embargo. A todo el mundo le hizo

gracia la ocurrencia. Se averiguó el nombre del autor, publicólo la prensa entre alegres comentarios, y se le devolvió su prenda. Al realizar este acto, el alcalde de la villa debió de haber sonreído. Sonreído, mientras todo Madrid reía, preparándose para otra broma. Porque si hay un pueblo realmente alegre, un pueblo que sepa reír a tiempo y con toda su alma, ese es el pueblo de Madrid.

\* \* \*

Es un pueblo alegre, que hasta pasa por frívolo. «Es un pueblo de haraganes», dicen los levantinos, y también los vascos y los asturianos. Pero suspiran por estar en Madrid, y cuando se meten en él, se les hace cuesta arriba abandonarlo. Barcelona tiene lo suyo: la población, el dinamismo propio de la urbe marítima, su tráfico mercantil, sus muelles, sus lonjas, sus ramblas; también tienen lo suyo las ciudades del Cantábrico—San Sebastián, Bilbao, Santander—y los puertos gallegos, y los de aquende y allende el Mediterráneo, (como diría Teodorico Raposo, el de Queirós) y las vetustas Toledo, Segovia, Salamanca, Santiago, Cáceres, y las de Andalucía, ciudades soñadoras y perezosas como en los tiempos de la Media Luna: Córdoba, Sevilla, Granada, Málaga, el olivo y la vid, la almendra y el dátil, el azahar y el clavel... Bien, pero Madrid, Princesa de las Españas, también tiene lo suyo: su alegría, radiante como su sol; el carácter de su pueblo, abierto como su cielo; su liberalidad, su desenfa-

do, que son únicos. Es la capital; tiene palacios (desde luego el Real), templos, rascacielos, museos, parques, teatros, Parlamento... Pero no les habléis de eso a los madrileños, a quienes todo eso les tiene sin cuidado. Sin eso, Madrid gustaría y atraería lo mismo. «De Madrid al cielo y un agujerito...», dice el madrileño castizo. Y acaso no le falte razón.

Bien sabido es que nunca, o casi nunca, está la realidad a la altura de nuestra ilusión. Os dicen, por ejemplo, de una ciudad como de una mujer, que es hermosa, que es hermosísima; os la elogian de tal modo y con tal calor, que cuando las llegáis a conocer, apenas las encontráis pasaderas. Y es que os habíais formado una ilusión—una visión mental—que el áspero contacto de la realidad se encargó de desvanecer.

No es este el caso mío con respecto a España, y especialmente con respecto a Madrid. Porque jamás la realidad—para mí al menos—ha estado tan conforme con la ilusión. Verdad es que yo no soy de aquéllos que tienen un «standard» o un arquetipo de ciudad o de país, que viajan con ese patrón en la mente, y no les agrada y satisface sino a lo que dicho modelo convencional se acomode. Hay, en efecto, gentes que, fanáticas de esa novísima religión del progreso material, del maquinismo a todo trance, (en plena crisis hoy) o engeguedadas por las frases hechas de nuestra llamada civilización occidental, no conciben otro tipo de ciudad que el creado por el feroz industrialismo norteamericano, y se mueren de aburrimiento ante las maravillas ar-

quitectónicas de las viejas urbes europeas, llenas de la severa pátina de los siglos.

Es el mismo criterio simplista y enternecedor de ciertos turistas que, entre París y Berlín, por ejemplo, declaran preferir a Berlín, no por razones de estética o siquiera de orden sentimental, sino «por que sus calles son más limpias». Nos duele a los americanos el que, pensando en nosotros, hayan inventado los europeos los calificativos de «snobs» y «rastaquouéres». Pero cuando se vive un tiempo en Europa y se palpa lo que allí dicen y hacen muchos de nuestros coterráneos de este lado del mundo, se llega a la conclusión de que en la aplicación de tales motes puede haber rigor, pero no injusticia. No olvidaré nunca el gesto de desolación y las exclamaciones de desengaño con que una señora chilena me hablaba del chasco que se llevó en Italia, cuyas más importantes ciudades estarían, según ella, afeadas por horribles ruinas históricas, indignas del estado de adelanto general del reino.

Oí en España (país de buenos vinos) una palabra que en Chile no había tenido ocasión de escuchar, por lo menos en la acepción que para el caso interesa: la palabra «solera». La solera viene siendo algo más que el «bouquet» de los vinos de Francia. La solera es, como si dijéramos, la esencia recóndita del vino, algo que es indefinido y sutil, pero que al paladar del buen catador no se escapa: la «clase» que sólo dan los años, el tiempo que todo lo pone a prueba, así la amistad como los vinos. Las sociedades de Europa, su organización,

su civilización, su cultura, tendrían, pues, solera. Augusto d'Halmar, el gran escritor chileno radicado en España desde hace ya unos diez años, y que ama a ese país como se debe querer a los pueblos, con todos sus defectos y con todas sus virtudes, me decía una vez que España es, por su carácter, mantenido original a través de todas las vicisitudes de la historia, por todos los lineamientos de su espíritu, el país de la solera.

• • •

Demasiado se ha dicho ya que en Madrid nadie puede sentirse extranjero. Pero para nadie es tan verdadera esa afirmación, como para el hispanoamericano. Y esto no es resultado de ningún trabajo de preparación: no es que para sentirse uno a sus anchas en la capital de España, necesite recordar lo que este hecho significa, y repetirse los lugares comunes de editoriales y discursos destinados a la exportación . . . Se siente uno bien, porque se familiariza en seguida con el ambiente; la adaptación se efectúa sin esfuerzo, como cuando somos recibidos por gente hospitalaria y liberal, y al cabo de poco tiempo nos parece que fuéramos «de la casa». Nos admira, sin molestarnos, la prodigalidad del gesto y la palabra: a los chilenos más aún, que somos parcos en el verbo y en la expresión mímica. Una compatriota recién llegada a Madrid me dijo, después de un día de callejeo: «Me da la impresión de que se ha disuelto la Compañía».

Al principio nos choca un poco (y ¡cómo no, si cada sudamericano exige, instintivamente, que se le trate de «señor!») la impagable familiaridad madrileña. Nos hace roncha el «¡hombre!» que nos espetan el camare-ro, el guarda del tranvía y hasta el mendigo a quien damos una perra gorda. Dentro de cada burgués sudamericano que hace turismo por Europa, hay un hidalgo colonial, y no es raro que el madrileño le parezca, de pronto, demasiado «confianzudo». Nuestro estirado empaque de criollos se resiste a aceptar que un desconocido nos detenga en la calle, para pedirnos fósforos, o para preguntarnos la hora; nos extraña que en el tranvía, o en el tren, o en el hotel, nos dirijan la palabra personas que no nos han sido presentadas... Pero, ¡cómo cambia todo eso cuando uno observa que no es más que la inmensa simpatía, el corazón de este pueblo que se le sale por la boca! Ese «tomarse la confianza» que el «americanito» critica a regañadientes, contándolo en sus primeras cartas a sus relaciones de ultramar, no es más que brindar confianza. El madrileño lo detiene a usted sin conocerlo, para hacerle una pregunta, pero es porque él, a su vez, abandonará sin vacilar su ocupación, por importante y personal que sea, para correr a indicarle a usted la calle y la casa que busca. Y esto lo hace el comerciante que está a la puerta de su negocio, lo mismo que el albañil que brega con su plana y su tarro de argamasa, o que la modistilla pizpireta que trota en dirección del taller.

Y a propósito de modistilla, es preciso dejar cons-

tancia del fiasco que hacen a menudo nuestros donjuanes por las calles de Madrid. Ignoran que allí responder con una sonrisa a un piropo, más o menos discreto, no significa nada; recordando la costumbre americana, suponen, por la acogida, «que hay panorama». La equivocación es grande. Porque esa personita tan agradable que le da a usted conversación, sin que sepa quien es usted y que sólo por el acento ha adivinado que es usted de América, no le tolerará a usted ningún descomedimiento y sabrá darle, en el momento oportuno, la merecida lección. Dentro de la liberalidad madrileña, el que una dama le dé réplica a un señor que tiene gana de perder el tiempo, no es de mal ver, ni permite al favorecido forjarse la menor ilusión.

La palabra «extranjero» no tiene en la Península ese sabor acre y hostil que la hace antipática en tantos otros países de gran atracción para el turismo universal. No creo que exista en el mundo un pueblo con mayor suma de simpatía humana. Y de una sencillez, o si se quiere, nobleza de carácter tales, que no las puede concebir nuestro temperamento neocontinental. En España es lo ordinario, lo natural, ver a la gente satisfecha de la situación que ha conquistado o heredado; no se avergüenza nadie de ser pobre, ni de descender de pobres, aunque se esté en la holgura; hay personas y familias de la pequeña y alta burguesía, a las que repugna como una grosería el hacer ostentación de su fortuna, y que viven sobriamente, no por avaricia, sino en virtud de una como tradición espiritual que está en la sangre.

En España—se dice—hasta el mendigo es altivo. Lo que quiere decir que la riqueza, por sí sola, no da título de superioridad. Cosa difícil de entender para el americano, a pesar de que tenemos el hábito de alardear de demócratas y nos jactamos de haber cumplido más de un siglo de vida republicana.

Hay que insistir sobre esto. Porque en nuestras pequeñas repúblicas pseudodemocráticas, el individuo se crece tanto con el éxito, que la hipertrofia de la personalidad llega a ser un fenómeno corriente. «No me den aires colados, ni rotos acaballerados», decían, ya en tiempos de la Colonia, nuestros hidalgos criollos. No es raro que aquél que anda con el «roto», la «china» o el «siútico» entre los labios, sea el hijo o el nieto de un marinero, de un gañán, de un empresario de garito, o de algo peor. En España no observé ese feroz apetito de los llamados «de abajo» por salir de su clase, y si el hijo del tabernero o del labrador pasa, por ejemplo, a ser abogado, médico o ingeniero, o emigra y hace fortuna, no siente ni afecta desprecio por su familia, ni por la clase social de que es oriundo. Cuéstale al americano ser afable y obsequioso, porque cada uno lleva adentro un «enfant terrible», que sólo quiere ser servido y halagado. En cambio, el español, con su secular fama de orgulloso, se brinda a atender a un desconocido, y lo hace con la sonrisa en los labios sin que en su actitud haya un asomo de bajeza.

Comunicativo, expansivo, sin trastiendas ni antesalas en el carácter, se traba en seguida en conversación

en el vagón del tren y aun en el tranvía. Si el viaje es largo, no es raro que por el solo hecho de ser vecinos de asiento, acaben tuteándose dos personas que nunca se habían visto. Si a un viajero español le toca, por desgracia para él, un compañero taciturno o de pocas palabras, se cambiará de asiento, y aun de carro, hasta dar con un contertulio a su agrado. El menor incidente que se suscite en el curso del viaje, servirá de pretexto para que la tertulia se haga general y todos terminen siendo amigos.

Y este pueblo, amable sin melosidad, liberal sin ostentación, servicial sin servilismo, es, sin embargo, rudo de lenguaje y de modales. Así como a los americanos nos resulta de pronto antipático el tono arrogante y altanero de la lengua materna en la garganta del español (del castellano, especialmente), nos extraña también la desnuda claridad con que allí se llama a las cosas por su nombre. A uno le preguntan con cariño por «su mujer» (no por «su señora» como se acostumbra cursilamente por acá). En realidad, se desconoce el uso y abuso que nosotros hacemos de los eufemismos y los circunloquios para expresar funciones fisiológicas que no tienen por qué sublevar el pudor de nadie. Nuestra «guagua» o «bebé» es, sencillamente, el «niño de teta», así como suena, y es lo más corriente ver en los paseos públicos a madres y nodrizas dar el pecho a sus criaturas sin ninguna muestra de falsa vergüenza. El espectáculo, por lo demás, no escandaliza a nadie. Hay vocablos gruesos que el español no puede dejar de inter-

calar en su discurso, cualquiera que sea su estado de ánimo.

Creyente que se persigna al pasar, aun en tranvía, frente a la puerta de algún templo; que acata todos los mandatos de la Iglesia y cumple estrictamente todos los ritos, se desata, a la primera contrariedad, en blasfemias feroces; galante hasta el donjuanismo, con el piropo y el madrigal siempre a flor de labios para el encanto de unos ojos o de unos andares femeninos, es, ancestralmente, dominante con la mujer y absolutista en cuanto se relaciona con el amor. Celoso hasta la exageración, es acaso el único pueblo de Europa en donde la pasión erótica hace correr sangre, y existe, sin embargo, el «chulo», que no es más que un repugnante mercader de amor. Nadie lo gana a compasivo; se arremolina en una acera disputándose la atención de un enfermo o accidentado; a mí mismo me ha tocado presenciar el caso de un buen ciudadano que perdió la vida por salvar la de unos chicos en peligro de ser atropellados por un carro, cuyas mulas se habían desmandado; y ese pueblo es el que, domingo a domingo, se apretuja en las plazas de toros, fanático de la llamada «fiesta nacional», que dicen que es una escuela de valor, pero que a mí me resulta, sencillamente, una apoteosis de la barbarie. Tiene fama de holgazán y, sin embargo, sería difícil hallar un pueblo en que el obrero trabaje más rudamente y con menor provecho, e imposible negar que valen cada uno por un Hércules los braceros españoles que han hecho la riqueza de los países de inmigración. Impera en el extran-

jero la vulgar visión de una España teocrática, inquisitorial, sombría, dominada por la férula de un clero hosco y solapado, y lo cierto es que en ninguna parte del mundo he visto gente que se gaste más bromas con los ministros del culto, ni sacerdotes que lleven una existencia más parecida a la de sus feligreses: ellos están en donde se ve a todo el mundo, en los cafés como en los colmados y en los teatros como en las corridas de toros.

\* \* \*

Hora es ya de que haga una declaración, y es la de que ha estado y estará lejos de mi ánimo la pretensión de expresar algo nuevo y original acerca de la psicología del pueblo español. Después de las crónicas viajeras de un Gautier, de un Dumas, de un Max Nordau, y, sobre todo, después de los estudios de un Barrés, de un Haverlock Ellis, de un Kayserling y de un Waldo Frank, no cabe sino una impresión puramente objetiva y personal. Por eso es por lo que, al hablar de España y de los españoles, debe entenderse que me refiero especialmente a Madrid y a los madrileños, entre los que he vivido cinco años, que puedo considerar como los más fecundos de mi vida. A ejemplo de dos grandes escritores chilenos—Augusto d'Halmar y Joaquín Edwards Bello—no me he limitado a conocer a España en las páginas de los libros, ni como quien presencia un espectáculo desde su butaca, ni siquiera por las no siempre

insospechables referencias de la prensa o de la tertulia literaria. Cinco años plena y hondamente vividos en España me dan derecho a estar con los que piensan que éste es acaso el único país del mundo donde el extranjero llega a olvidarse de su condición de tal. España —ya lo ha dicho alguien— es el único pueblo-niño que va quedando en la cansada Europa. Para nosotros los americanos, estar en España es hallarse en Europa sin salir de América.

En España todos los establecimientos públicos de recreo —llámense bares, colmados, tabernas, cafés o merenderos— ofrecen, además de la comida o bebida, un artículo que en sus congéneres de América es absolutamente desconocido: ofrecen tertulia. Quiere esto decir que el parroquiano va allí no sólo a consumir, a gastar, a dejar forzosamente una utilidad al negocio, sino que tiene derecho también a la hospitalidad gratuita del establecimiento, que le brinda lo más grato para un español, cualquiera que sea la «patria chica» de donde proceda: la tertulia, esto es, la oportunidad y ocasión de conversar, de discutir, de cambiar ideas con el prójimo. Aquello de que el hombre es un animal sociable, le viene más que a hombre alguno al español.

Aquí se oye hablar de las «peñas» madrileñas; pero no todos saben con precisión qué son las peñas. En realidad no son sino una manifestación de esa liberalidad de las costumbres, la forma más elemental de la sociabilidad. Cada peña no es sino la tertulia habitual de determinado grupo de amigos, en determinada mesa de

determinado establecimiento. Así, por ejemplo, la peña de don Ramón del Valle-Inclán en el Café Regina y más tarde en el de la Granja del Henar, y la de don Ramón Gómez de la Serna en el viejo Café de Pombo. No hay en Madrid quien no sepa que, a tal hora, en tal o cual café o cervecería, se encontrará en su peña tal escritor, tal artista, tal torero o tal político. Existe en Madrid, en la calle del Prado, un viejo café llamado precisamente así, del Prado; pero que todo el mundo conoce ahora con el nombre de Café de Ramón y Cajal, porque desde hace más de veinticinco años el ilustre sabio iba todas las tardes, a la misma hora, a pasar un rato junto a la misma mesa de ese establecimiento. Otro tanto pasó con el café que frecuentaba, como visitante de años, el gran don Marcelino Menéndez y Pelayo.

De ahí que el café sea en Madrid una institución sui-generis. Es club y casino, oficina de negocios, salón de sesiones, punto de cita para todo compromiso. Al revés de lo que ocurre en Chile, ni el dueño ni los camareros demuestran ninguna prisa en que el parroquiano se marche. Además, el camarero—que suele ser un muchacho listo y que por lo general se llama Paco, Pepe o Manolo—no es ya un empleado doméstico: es un modesto, pero leal amigo del cliente, su consultor, su confidente y en ocasiones hasta su banquero. Cuando acude alguno de los de la peña, el camarero—que presume ya a quien anda buscando—se apresura a darle razón y, por lo general, se enreda con él en tertulia sobre política, sobre toros y a veces también sobre mujeres. En

Madrid la democracia está en las costumbres, en el espíritu, no en la letra muerta de la ley.

No es extraño, pues, que yo, que iba cansado, agotado, deshecho el ánimo por quebrantos mortales y agarrado por la terrible neurastenia de los trabajadores intelectuales, me haya dejado ganar de inmediato por la simpatía madrileña. Al salir de aquí creía haber descubierto que la felicidad era el silencio, y he aquí que de esa hiperestesia auditiva me ha curado la ciudad más alegre y bulliciosa del mundo. Para el madrileño, alegría y ruido son sinónimos. El no concibe que se pueda estar contento sin meter mucho ruido, reír a carcajadas, chillar, cantar, patear, tocar pitos, zambombas, cornetas, disparar cohetes y petardos... La Nochebuena es un espanto, y otro espanto la de Año Nuevo. No hay nada capaz de dar idea de aquella batahola. El mundo se ha vuelto loco y todos los locos andan sueltos. Comparsas de bárbaros he visto meterse en los tranvías y en los vagones del «Metro», arrastrando de cada pie un tarro petrolero lleno de piedras... Aquello empieza temprano y se prolonga sin descanso hasta el amanecer. Resulta admirable, en realidad, el espectáculo de un pueblo que no necesita ingerir alcohol para alegrarse y echar el alma por la boca. El pueblo de Madrid es eminentemente callejero. Madrid está aún bastante lejos de alcanzar el millón de habitantes; pero, si se juzgase por la muchedumbre que hormiguea día y noche por sus calles y llena los sitios públicos, se la podría suponer cuatro veces más populosa que Santiago.

Yo he sido en Madrid—y a mucho honor—el hombre de la calle. He visitado no tanto la «Casa del Pueblo» como el hogar del pueblo; he compartido su mesa; he saboreado el castizo cocido, la paella valenciana, el pote gallego, la fabada asturiana, el gazpacho andaluz, el pisto manchego, y no hay establecimiento de recreo que no me haya sido familiar. Lo mismo he apurado el «peleón» de cinco céntimos el vaso, en la tasca a donde acuden por la tarde los compañeros de Juan José, que he recorrido los domingos todos los merenderos de la Bombi, de la Dehesa de la Villa, de la Moncloa o de los Cuatro Caminos, donde todavía resuena, alegremente, el organillo y donde todavía las modistillas y las menegildas, dándose postín, alternan el tango y el fox-trot con un schottisch digno del de La Verbena de la Paloma. Me he acostumbrado a escuchar, y aun a lanzar el ardiente piropo que hace brotar a flor de labios la presencia de una mujer joven y guapa, porque el piropo es en Madrid un derecho consagrado por la tradición, que ninguna Dictadura ha conseguido suprimir y que jamás agravia ni molesta a la favorecida por él.

El piropo español no es, ni de lejos, nuestra mimosa galantería criolla, aquel arrullo halagador que se musita al oído, no: es una flor (y así se llama) una flor roja y detonante como un clavel reventón, que se dispara al rostro con gallardía y en voz alta. La que pasa bien puede ser una duquesa, y el que rinde el homenaje del piropo, bien puede ser un albañil o un mozo.

de cordel, que no se enfadará ella ni él creerá que ha incurrido en un atrevimiento.

Una noche (¡ah, esas noches de plata de Madrid!) estando yo en la terraza de un café, vi pasar a mi vera a un señor bien portado en compañía de tres hermosísimas chicas, elegantes y llenas de esa gracia picante, de esa viveza alada que se dijera característica de las calles de Madrid. Un muchacho, un golfillo, como allí se dice, con todas las trazas de un limpiabotas en descanso, se fijó en el grupo y, con esa arrogancia de acento<sup>u</sup> que en la villa no es privilegio de ninguna clase social, les espetó esta declaración:

—Allí sobran dos, y aquí está uno.

No se molestó el caballero, ni siquiera tornó la vista; pero una de ellas, casi sin volverse, disparó al galanteador un «que te crees tú eso», que lo habrá dejado por muchos días sin deseos de volver a colarse. El «que te crees tú eso» como el «quién te ha engañau» y otras salidas por el estilo, no tiene todo su color y toda su energía sino pronunciados allí, por labios de hembra madrileña. Es de mal tono rechazar un piropo. Si es discreto se da las gracias, por lo menos con una sonrisa. Pero lo más corriente es que la favorecida corresponda a él con una réplica oportuna. El deporte del piropo tiene también sus peligros.

Recuerdo que en la tarde de un domingo, junto a las rejas de la entrada al «Metro», en la Puerta del Sol, tres amigos chilenos estábamos dedicados con entusiasmo a ese inocente pasatiempo. En vista del éxito, nues-

tra satisfacción iba subiendo de punto, y ya nos sentíamos en condiciones de «dar el camelo» haciéndonos pasar por flamencos de lo fino. De pronto, uno de ellos, un ilustre músico que más que artista célebre, hubiese deseado ser joven, viendo acercarse a dos beldades de no más de veinte años, preparó su arco y les arrojó este dardo a quemarropa:

—Esto sí que vale, y por esto sí que puede perderse un hombre . . . ¿verdad, chiquillas?

Y una de ellas, junto con darle una rápida ojeada, le contestó instantáneamente:

—¿Verdad, abuelito?

Silencio. Perplejidad. Azoramiento. Una despedida fugaz, y nuestro amigo desapareció por la escala del «Metro».

Donde florece el piropo y se desborda la gracia, donde encuentra ocasión y sitio propicios al genio del pueblo madrileño es, especialmente, en las verbenas. Dicen que estas fiestas populares han decaído mucho, perdiendo gran parte del carácter y del color que antaño tuvieron. Yo no puedo juzgarlo, porque no las he conocido sino ahora. Pero, «correr la verbena» es en Madrid una frase clásica, de abolengo, como que ella trae a la memoria los nombres de la duquesa de Alba y del glorioso don Francisco de Goya. Correr la verbena, es decir, pasarse las horas con el pueblo entre el tumulto de los carrouseles o tiovivos, de las tiendas y carros de espectáculos, de las fotos humorísticas, de los tiros al blanco, de las ventas de frutas y confites, de

los grandes fondos de aceite hirviendo donde se frien como condenados los famosos churros; compartir la amplia e ingenua vida popular al aire libre con señoronas que regañan, chicas que coquetean, críos que se columpian, soldados, obreros, ministriles, modistillas, pollosperas, señoritas de quiero y no puedo, entre el rumor pujante de las ruedas giratorias, de los organillos, de los altavoces, y el pregón desesperado de los charlatanes que ofrecen por diez céntimos—por una perra gorda—la visión de lo más maravilloso que sea dable imaginarse; dejarse llevar por la oleada de la muchedumbre que va y viene, sin posturas de escritor mal humorado, sin filosofías cursis para presuntas crónicas, sin resabios de genio incomprendido, con el alma limpia como la de ese niño que ha visto veinte veces el Tubo de la Risa y que se ríe de sólo recordarlo, eso es penetrar el secreto de la salud y la alegría del Madrid auténtico, eso es tener derecho a sentirse madrileño, porque eso es palpitar con el corazón de su pueblo.

\* \* \*

Pueblo de cualidades distintivas, definidas, pero difíciles y complejas, ha tentado siempre a los observadores extranjeros. Pero éstos—y especialmente los franceses—se han equivocado a menudo con él. Se han equivocado al juzgarlo en sus libros, y al invadirlo con sus tropas. Católico y blasfemo, espléndido y ahorrativo, hidalgo y puntilloso, laborioso y holgazán, apasio-

nado y estoico, piadoso y cruel, resignado y turbulento, el pueblo español de hoy—a pesar de cuanto se diga—es el mismo que peleó con el árabe refundiéndose con él, en guerra de ocho siglos; es el mismo que creó en las tierras del indio, refundiéndose con él, las veinte repúblicas del hemisferio occidental: el mismo que, contra la propia voluntad de sus amos degenerados, salió a la calle a defender su libertad y la dignidad nacional, organizando la gloriosa resistencia a la invasión napoleónica; el mismo que, ante la corrupción de los políticos y la descomposición del Parlamento, aceptó como remedio heroico la dictadura militar, pero que, llegado el momento, con un solo sacudimiento de su cabeza leonina, aventó la dictadura y con ella el trono secular de los Borbones.

Yo que tengo ya tan pocas ilusiones en general y ninguna en política, tuve en Madrid un momento de entusiasmo, de embriaguez espiritual, casi de frenesí, en la tarde y noche víspera de la proclamación de la República. Recuerdo que fué a buscarme a mi escritorio un antiguo y querido amigo mío, soñador incurable, a la sazón en Madrid. Recuerdo que dejamos enarbolada en el Consulado, en lo más alto del mástil, la bandera tricolor, y corrimos a sumarnos a la alegría del pueblo madrileño, gritando, vociferando, cantando como todos o tatarando la Marsellesa y el Himno de Riego, con una escarapela roja en el ojal de la solapa y una ilusión, como una flor más roja todavía, en lo más puro de nuestra alma. Era en abril, el mes del apogeo primaveral en

la Península. Yo sentía renacer en el fondo de mi corazón todos mis antiguos arrestos de poeta de la democracia, todos mis viejos anhelos de reivindicación popular, y que borbotaba en mí ese santo amor por los humildes, esa esperanza inmarcesible en el triunfo del espíritu humano, esa fe profunda en los destinos superiores de la vida... Ya no espero recrearme ni participar, en lo que queda de vivir, en un espectáculo semejante. Era no sólo Madrid, sino toda España, la España de mis amores y mis sueños, la que se sentía renacer poderosamente a nueva vida; acaso no pase de ser una ilusión, una inmensa ilusión que el tiempo se encargue alguna vez de desvanecer; pero si es respetable la ilusión que agita sus alas en el corazón de un individuo, mucho más tiene que serlo cuando se apodera de la conciencia colectiva de un gran pueblo, de una gran nación, como fué ayer la Monarquía y es hoy la República española.

Frescas aun en mi ánimo las emociones de la calle, hirviente de una muchedumbre frenética, que en la hora del triunfo supo contentarse con cantar y dar vivas, fraternizando hasta con los que horas antes llamaba justamente sus «verdugos», colocando el gorro frigio sobre las estatuas de antiguos reyes y de personajes reaccionarios, haciendo ronda en derredor de la Cibeles, llegó para mí el momento de congraciarme plenamente con ese pueblo que parecía sorprendido, él mismo, de saber que era republicano.

—Señor Cónsul,—me dijo una señora muy beata a

quien encontré en las primeras horas de la mañana siguiente, y que ya había visto la bandera de Chile flameando en el mástil de la oficina consular.—Yo lo tenía a usted por una buena persona, y ahora resulta que es ateo.

—¿Ateo? No, señora, jamás,—le contesté.—Ateo significa no creer en Dios, y yo tengo que creer en Dios, y deberle amor y gratitud. Gracias a él, señora, yo he realizado los dos grandes sueños de mi vida: el primero, residir en España; y el segundo, no salir de España sin asistir al advenimiento de la República.